

Carlos García-Hirschfeld, me duele, pero me gusta

“ Pero, ¿sobre qué estás escribiendoo-oo?”, me preguntó mi mujer pensando en yo qué sé qué cosas oscuras. “Sobre golf”, le dije yo. Y ella me respondió: “Hijo, poniendo titulares eres un crack”. La verdad es que eso, exactamente, era lo que me había dicho el director de comunicación de la RFEG, Miguel Ángel Caderot, cuando le sugerí cómo quería titular este artículo. Aunque él añadió algún calificativo más que fui incapaz de descifrar por mi sordera. No es masoquismo. Pero se le parece. Lo del golf, digo. No sé qué tiene este deporte, pero es, sin duda, el que alegrías más intensas me ha dado y, sin duda, el que mayores disgustos me ha provocado en su práctica.

Esos días en los que el golf es lo más importante

Esos días en los que querrías tirar los palos al lago más profundo del planeta. Esos días en los que crees que, si te hubieras puesto en serio, habrías podido ser profesional. Esos días en los que piensas que por qué empezaste a jugar otra vez. Y esos días, gloriosos, en los que un puro de 15 metros, o un drivazo, o un golpe desde la marca del 150 que se queda dado, te hacen pensar que no hay deporte más bonito que el golf.

Yo empecé a jugar de pequeño en el Club El Candado de Málaga. Mi padre jugaba e intentó que mis hermanos y yo fuéramos

como mis primos, los de mi tío Pepe, que vivían al lado del campo y jugaban todos de cine. Mis hermanos y yo no acabamos de jugar muy bien y yo prefería, por ese gen fenicio que me abate desde la infancia, buscar bolas por el campo y vendérselas al gran Pepe Lucas, el Caddy Master, que me pagaba 25 pesetas por cada cubito de bolas. Un chollo. Para Pepe y para mí que, en aquella época, debía tener una paga semanal de 5 pesetas.

Luego nos vinimos a vivir a Madrid y ya lo dejamos toda la familia hasta que, en el verano de 1996, mi mujer y yo nos fuimos al hotel Penina Golf en el Algarve. Era la época en que todavía se usaban clavos y todos los días escuchaba el clac-cata-clac de los que venían de jugar. Y me empezó a picar el venenillo. Contraté una clase. El profesional me dio un hierro 7 y se sorprendió cuando me vio agarrar el palo con el grip cruzado de mi infancia, pero me dejó hacer. Me puse a la bola y, probablemente, di los 3 mejores hierros siete que he dado en mi vida.

El profesor, que era un profesional, me empezó a decir que no se creía que llevara sin tocar un palo desde los 13-14 años, a alabar la naturalidad de mi swing y yo qué sé cuántas cosas más, y yo comencé a sentir que, en esos años de ausencia, el golf mundial había perdido muchísimo sin tenerme por esos campos de Dios. Y aquí estamos. Veintitantos años después, intentando explicar por qué sigo jugando a este deporte apasionante.



“En ningún otro deporte uno puede jugar con sus ídolos. En el golf, sí.”

Fotos: Cortesía de Carlos García-Hirschfeld



Esos días, gloriosos, en los que un puro de 15 metros, o un drivazo, o un golpe desde la marca del 150 que se queda dado, te hacen pensar que no hay deporte más bonito que el golf

“Soy más malo que la quina, pero a veces me queda un “finnish” resultón”.



El "hoyo anti depresiones": "El golf te permite conocer lugares increíbles y disfrutar vistas como ésta del hoyo 6 de Sancti Petri en el que, siempre que paso, me hago una foto.



Tener la certeza de que puedes ganar en un ProAm a Sergio, a Gonzalo, a Rahm, a Chema, a Miguel Ángel o a Tiger hace una ilusión tremenda... Claro que también pueden ganarte tu mujer o tu suegra

Hay muchos motivos, pero si tuviera que quedarme con tres serían estos:

El factor sorpresa, que es lo mejor y lo peor del golf. Puedes jugar un día 3 debajo de tu hándicap en la primera vuelta y, en la segunda, pegarte la forrada de tu vida. Y, lo más grande de todo, es que eso les pasa también a los profesionales, que pueden hacer 67 un día y, al siguiente, 80.

Puedes ganarle a tus ídolos. Nunca me ha pasado, pero tener la certeza de que puedes ganar a Sergio, a Gonzalo, a Rahm, a Chema, a Miguel Ángel o a Tiger hace una ilusión tremenda. Claro que también pueden ganarte tu mujer o tu suegra. De hecho llevo mucho tiempo sin conseguir ganar a mi mujer en un campo de golf...

Paseas por lugares increíbles y haces un ejercicio físico que, salvo que tengas mala suerte o hagas el animal, es muy difícil que te provoque una lesión. Yo dejé de jugar al fútbol porque, siempre que jugaba, me rompía y, hace un par de años, tuve que abandonar el tenis. Sin embargo, a mis 54 años, juego al golf y disfruto lo mismo con un profesional que cuando juego con mi mujer, con mis hijos o con mis amigos, o como cuando lo hacía con mi padre o con mi suegra.

Eso por no hablar de los viajes, del reto constante, del aprendizaje de la humildad, del entrenamiento en la frustración, de saber que puedes hacer trampas y no hacerlas, de alegrarte, de verdad, porque tu competidor da un golpe mejor que el tuyo, de las conversaciones con la cerveza al acabar y de dar ese golpe que, siempre, hace que vuelvas al campo unos días después.



"El golf también lo he disfrutado como trabajo. Presenté Golflog junto a Itziar Elguezábal. Y le hice de caddie"

Y, aunque nos quede todavía camino por recorrer, me alegro de ver en los campos de golf a gentes de todo tipo de extracción social. Cuando yo era pequeño solo podías jugar si eras socio de un campo, los palos eran carísimos y las bolas, (salvo las que yo le vendía a Manolo) también. Y no había en España campos públicos. Hoy se venden palos de calidad a precios muy razonables, las bolas son baratas y hay en muchas provincias españolas campos a los que puede acceder cualquiera sin que nadie te pida un carnet o te pregunte por su pedigree. ¿Cuál es el problema? Desde mi punto de vista que seguimos poniendo algunas barreras (por ejemplo algunas reglas de etiqueta de vestimenta) que a mí me parecen chorras

y que, a quien ve el golf de lejos, le resultan tontadas de niños pera. Y, sobre todo, el precio de algunos greenfees, porque en ocasiones jugar en un campo público un fin de semana con mi mujer y dos de mis hijos tiene un precio elevado. Hay que fomentar precios populares. Sé que es muy fácil decir esto y difícilísimo conseguir rebajar los precios, pero opino que es el gran reto de nuestro deporte para conseguir acercarse a mucha más gente. ¿Quizás reducir el tamaño de los campos? ¿Campos de 12-14 hoyos como hay campos de Fútbol-7? Seguro que hay mil ideas, pero no sé por qué me da que eso sería cuestión, quizás, de otro artículo. O de otros 100. ✓